

Ralph LINTON. Estudio del hombre. Trad. esp. de Daniel F. Rubin de la Borbolla. México. Fondo de Cultura Económica. 1942, 564 pp. \$12.00. Dls. 2.50.

La moderna ciencia de la antropología debe andar celebrando su centenario por estos años. Aunque ya en los tiempos clásicos se prestara alguna atención a las curiosas costumbres de los "bárbaros" y a las lenguas que éstos hablaban, podemos decir que sólo alrededor de 1840 los estudiosos empezaron a darse cuenta de que las diferencias raciales, lingüísticas y culturales, como hoy suelen llamarse, podían tener algún interés para las mismas personas. La antropología se nos presenta hoy, de vez en cuando, como un cajón de sastre donde se reúnen ciencias harto dispares. ¿Qué tiene que ver la antropología con el estudio de las lenguas, o por qué un antropólogo físico, que consagra su vida al estudio de cráneos, ha de sentirse ligado al antropólogo social que se dedica a teorizar sobre las religiones? La respuesta ha de buscarse juntamente en la historia de la ciencia y en los conceptos fundamentales que da a ésta su razón de ser.

El estudio de la lengua cuenta con una larga historia entre los eruditos europeos. La filología cobró existencia mucho antes que la antropología, y aún hoy sigue por un camino independiente al de ésta. El estudio de las diferencias biológicas entre los hombres tiene también una historia de mucha más edad que la antropología y, en la tradición de las ciencias de la medicina, conserva, desde luego, su independencia. Sin embargo, sus caminos se cruzaron hace un centenar de años, con la cristalización del concepto de *cultura*, y así nació la antropología. Antes de ello, el interés que para Max Müller podía tener una colección de huesos no era mayor que el que tenía para Blumenbach el estudio de la fonética; desde entonces, los antropólogos han venido trabajando ambos campos. ¿Cómo tuvo lugar semejante cambio? ¿Qué significa? ¿Qué importancia exacta tiene lo que el Dr. Linton denomina "el estudio del hombre"?

Cuando, al hablar de diferencias raciales, no se pensaba sino en los hijos de Noé, o en la torre de Babel, si lo que salía a relucir eran las diferencias lingüísticas, apenas se tomaban en consideración las enormes variedades de costumbres e instituciones, de curiosas creencias, que caracterizan a los diferentes grupos humanos. Pero cuando los europeos empezaron a explorar otros continentes, fueron conociéndose cada vez más

detalladamente esas raras costumbres. Se las tachó, como era de presumir, de impías degeneraciones de una vida más cristiana. Pero las formas degeneradas eran tan interesantes, parecían darse simultáneamente iguales en lugares tan distintos y alejados unos de otros, que por sí solas despertaron la atención de los estudiosos. Las especulaciones acerca de la naturaleza y origen de aquellas extrañas creencias e instituciones llegó a hacer de ellas buen campo de estudio, y entonces se tuvo conciencia de lo que era la “cultura” de la humanidad, y se le dió un nombre. Dígase de paso que por esta época la fe en el Paraíso, Noé y la torre de Babel iba perdiendo terreno en los círculos científicos, y que, al ir popularizándose como doctrina la evolución biológica, también se consideró a la cultura como un fenómeno en constante proceso de desarrollo. Más importante fué que se reconociese la cultura como tal fenómeno que el que hubiese inventado el concepto mismo. Porque en seguida se vió claro que la cultura es una obra del hombre, no una parte de su ser físico; que está gobernada por leyes propias, y que la historia entera de la humanidad se compone de las diversas historias, relacionadas entre sí, del hombre como un ente físico y social y de la cultura que él desarrolla. Su cuerpo y su espíritu, su cultura y su idioma, vistos a través de sus distintas relaciones y a la luz que la paleontología y la arqueología han arrojado sobre su pasado; todo esto es la antropología. Es, y debe serlo esencialmente, una ciencia: el estudio del hombre.

Históricamente, el concepto de cultura dió origen a la antropología. Tal concepto sigue siendo fundamental e indispensable. Hoy en día vemos tan claramente, por lo general, que la historia de la humanidad ha de exponerse en términos de dos variables —cultura y raza— relativamente independientes, que olvidamos con facilidad que el concepto de cultura, y su separación de la biología, es muy reciente y que, con frecuencia, se halla poco arraigado en el modo de pensar de la gente. Si la antropología hubiese nacido antes, o si hubiese propagado mejor sus conquistas, el racismo, que tan devastadora parte desempeña hoy en el mundo, no lo hubiera llenado nunca con su simiente. Es evidente que el idioma, las artes, las costumbres, las instituciones de la humanidad —incluyendo estados mismos e ideas nacionalistas— tienen su historia propia que determina en gran medida la personalidad de las gentes que conforman, y que están, ellos mismos, muy poco influidos por las características biológicas —con su propia historia independiente— de esas logía al pensamiento del

hombre cultura tal como lo conoce el antropólogo, y al que nunca se dió la importancia que merecía en la cultura de nuestro mundo en armas.

Ningún libro señala la importancia de las contribuciones de la antropología al pensamiento del hombre culto moderno más claramente que el *Estudio del Hombre*. No hace explícito todo esto que he venido diciendo; no es libro de polémica. No *trata* de antropología; *es* antropología, más bien, y, a través de su clara exposición de los conocimientos de tal ciencia, ha de grabar en la mente de cada uno de sus lectores las verdades fundamentales sobre las que ésta se basa.

El Dr. Linton es un antropólogo cultural que se interesa especialmente en la teoría etnológica. Pero es, antes que nada, un antropólogo. No es sorprendente que su primera tarea profesional haya sido el estudio de una colección de huesos de esquimales en un instituto de anatomía de Filadelfia, ni que se haya dedicado después a la investigación de las elevadas culturas prehistóricas del sudeste norteamericano, emprendiendo luego búsquedas importantes en los depósitos pre-indios de Nueva Jersey. Llegó a Polinesia en 1920, en calidad de arqueólogo: volvió de allí como etnólogo. Su reconstrucción de la historia de la cultura oceánica sigue siendo un modelo de lo que debe ser el método etnológico. Después hizo importantes investigaciones entre los pueblos de Africa y especialmente en Madagascar. Su interés primordial, en estos años, fué la historia de la cultura tanto como la antropología física o la arqueología. Durante la primera guerra mundial luchó en Francia con las fuerzas expedicionarias norteamericanas; pero no se limitó a luchar contra el enemigo, sino que estudió también a sus amigos, y de aquella experiencia surgió un estudio del totemismo tal y como lo había visto desarrollarse entre sus compañeros de armas. En el *Estudio del Hombre* ve la vida humana dentro de su marco histórico, pero antes mira al hombre tal y como lo encuentra. Es característico en él que se ocupe de los problemas de la civilización occidental juntamente con los que ofrecen las culturas primitivas, pues, sobre no ser ni un coleccionista de antigüedades ni un rígido académico, es un hombre cuya visión armoniza todos los hombres y todas las culturas dentro de un cuadro de amplios límites.

Para quien esté al tanto de la historia de las ciencias sociales, quizá sea todavía más digno de mención el hecho de que el profesor Linton no emplea fórmula alguna para la confección de tan amplio cuadro. Los evolucionistas ingleses, como Herbert Spencer, pueden ver el desarrollo de la sociedad como un solo salto desde los pueblos salvajes hasta las

alcobas de Londres; pero necesitan para ello partir de una suposición (la de que hay una sola línea de desarrollo cultural, de las formas más simples a las más complejas), suposición que, al cobrar cuerpo, se hace insostenible. Los historiadores alemanes de la cultura, como el Padre Schmidt, reducen la cultura, en todos sus aspectos de tiempo y espacio, a un denominador común; pero necesitan inventar una ley (que no es tal, evidentemente) de que nada en la cultura puede inventarse dos veces. Los sociólogos franceses, como Durkheim, ven en toda sociedad humana y en la cultura que desarrolla, un fenómeno que responde a una extensa serie de leyes; pero necesitan partir de que la cultura existe para que pueda sobrevivir y desarrollarse el cuerpo político.

Linton, como la mayoría de los antropólogos norteamericanos, no se abandona a tales tentaciones y sigue por el camino real. Pero, al contrario de muchos de sus colegas, parece ver el fin de ese camino; puede decirse que su libro —*Estudio del Hombre*— es, a la vez, su visión y su guía. Visión la suya que nos ofrece una clara perspectiva no sólo de las relaciones que hay entre raza y cultura, cosa que todo antropólogo ha de conseguir, sino de las que existen entre cultura y sociedad, lo que no todos los antropólogos hacen, y de las que unen la cultura con la personalidad del individuo, lo que casi ninguno alcanza. Muestra la cultura no como algo cambiante y pasajero, como hacen unos, ni tampoco como algo inmutable, que “pertenece a la historia”, como hacen otros; no desmenuza la cultura de un pueblo en una serie de piezas sin vida, separadas la una de la otra y sin significado social alguno, pero tampoco deja en triste confusión los elementos que constituyen una cultura por el simple hecho de que están relacionados unos con otros. Ni muestra al hombre como un desamparado peón sujeto a su pasado, como hacen algunos que olvidan que la ciencia del hombre tiene por objeto estudiar al hombre, ni subestima la influencia que en la personalidad del individuo tiene su herencia cultural. Es un cuadro complejo, y sus líneas son a veces vagas; ello forma parte de la visión de la naturaleza del mundo en que vive el hombre, visión que ha de tener siempre aquel que lo estudia en todos sus aspectos.

De lo que antecede podría suponerse que *Estudio del Hombre* es un libro abstruso, tal vez un “libro difícil”. Por fortuna, y casi milagrosamente, es todo lo contrario. Linton posee la rara habilidad, lo mismo como escritor que como conferencista, de comunicar nuevas ideas con palabras ya conocidas, de suerte que su público puede ir las comprendiendo

a medida que él las desarrolla. En calidad de discípulo suyo durante varios años, puedo decirlo así, no sólo sin temor a equivocarme, sino con agradecimiento. Su secreto consiste, sobre su facilidad de expresión y sus acertadísimas imágenes, en el empleo de interesantes ejemplos sacados de su enorme experiencia. Por encima de todo, la claridad de sus escritos responde a una mente extraordinariamente ordenada. Dudo que ningún otro libro entre los publicados últimamente en Norteamérica sea al mismo tiempo tan escolar y tan lúcido como lo es el *Estudio del Hombre*. Es, en este sentido, una obra literaria.

Estudio del Hombre comenzó siendo un libro de texto, una introducción a la antropología; pero antes de que el autor lo entregara a sus editores era ya mucho más que eso; tanto, que difícilmente podría clasificársele como "libro de texto" Vino a ser una curiosa combinación de "introducción" a la ciencia y de conclusiones a que la ciencia ha llegado, es verdaderamente tan útil para los antropólogos profesionales como para sus discípulos. Otro sería el caso si no fuera más que una compilación de resultados como los que suelen ofrecernos, por ejemplo, tal o cual texto de químicas. Pero este libro nos ofrece conclusiones en la realidad y la teoría antropológicas, resumidas e interpretadas por un excelente antropólogo. Como tal, es una contribución y un paso dado en el desarrollo de la ciencia.—Sol Tax.